

"Honrando al Señor en las palabras que Él pronunció" (Cta. O. 36)

FRANCISCO DE ASÍS Y LA BIBLIA

1.- INTRODUCCIÓN:

a.- La Historia de la Iglesia es un don.

A veces hemos visto la Historia de la Iglesia como una losa que pesa sobre nosotros, cristianos del siglo XX. Influenciados por algunas corrientes de pensamiento, casi sólo hemos tenido ojos para ver lo negativo de la Inquisición, el caso Galileo o la frivolidad de la corte pontificia del renacimiento. Al final, casi logran hacernos sentir vergüenza de la Historia de la Iglesia, de nuestra propia historia.

No se trata de negar los pecados históricos de la Iglesia. Se trata de verla en su conjunto, de ver la globalidad de la vida de una ingente multitud de creyentes. Ellos han vivido la fe en situaciones muy diversas. Nosotros podemos aprender de sus aciertos y de sus tropiezos. Por eso la Historia de la Iglesia es para nosotros un verdadero regalo. Creemos porque muchos otros lo han hecho antes. De muchos podemos aprender, y recibir estímulo. Pero de modo especial de los grandes creyentes de ayer y de hoy. Ellos nos muestran que hacer vida el Evangelio no es un sueño bonito, sino la realidad de gente arriesgada, no adormecida, luchadora por la verdadera libertad, y abierta siempre a los susurros del Espíritu de Jesús.

b.- Francisco de Asís, uno de los grandes creyentes.

Hoy nos acercamos a uno de esos grandes creyentes, a Francisco de Asís. Todos le conocemos. Pero hoy nos preguntamos sobre su experiencia en torno a la Palabra de Dios. ¿Qué nos aporta su vida, cuando intentamos redescubrir la importancia de la Palabra de Dios en la nuestra, en un grupo de catequistas que se mueven ya en ambientes franciscanos?

Un largo proceso de conversión llevó a Francisco hacia un encuentro cada vez más personal con Jesús. Los estudiosos de su espiritualidad no dudan en hablar de enamoramiento. Y no se equivocan. Ante Jesús, la actitud de Francisco es toda de amor, gratitud, asombro, encanto. Baste recordar las muchas veces que sus biógrafos nos cuentan que sólo con oír el nombre de Jesús su espíritu no cabía dentro de él. Las flores, los pájaros, los gusanos, las piedras, el agua, los leprosos, el silencio, el crucifijo... todo le hablaba de Jesús. De modo muy especial, él ve a Jesús, vive a Jesús en la Eucaristía y en su Palabra. Llegará a hablar de una presencia "corporal". Pues bien, a este Francisco siempre en camino, humilde hermano menor, ansioso sólo de Dios, es al que vamos a pedir que nos muestre su amor a la Biblia, el secreto de su escucha atenta de la Palabra.

c.- El acceso a la Biblia en la Edad Media.



De todos modos, es importante situarnos en el ambiente cultural en el que vivió Francisco, para una valoración más correcta de su acercamiento a la Biblia. No podemos olvidar que en sus días la inmensa mayoría de los laicos, tanto ricos como pobres, eran analfabetos, incapaces pues, de leer la Biblia. Es más, conseguir un ejemplar completo era rarísimo, pues transcribir sus más de tres millones de letras requería más de 1660 horas de arduo trabajo, realizado por un copista profesional. Por el tiempo y los materiales podemos decir que era un verdadero artículo de lujo.

Además, según las biografías de Tomás de Celano (1Cel 23) y San Buenaventura (LM 14,5), sabemos que Francisco tuvo su primer contacto con las letras cuando, a la edad de 9 ó 10 años, acudía a la escuela parroquial de San Jorge en Asís. Pero, por los documentos autógrafos, que conocemos de él, no parece que sus conocimientos del latín pasasen del grado más elemental. Eso sí, el sistema de enseñanza del latín consistía básicamente en leer, traducir y memorizar muchos de los salmos, que quedarían para siempre grabados en su memoria. Por lo demás, parece que antes de su conversión, "cuando yo estaba en pecados" (Tes 2), dice él, no debieron hacerle mucha huella las epístolas, evangelios y sermones que oía en las eucaristías dominicales.

2.- LA PALABRA DE DIOS EN LA VIDA Y EN LA EXPERIENCIA DE FRANCISCO:

a.- **La vocación evangélica de Francisco.**

Fue precisamente en los años que duró su proceso de conversión, cuando la Palabra de Dios deja de ser una palabra más en la vida de Francisco, para convertirse en la Palabra que guiará toda su vida.

Francisco, en su Testamento (Tes, 14), recordaba que al comienzo de su seguimiento estaba la revelación del Señor según la cual "debía vivir según la forma del santo evangelio". Es la primera vez que la Palabra tiene para él una verdadera dimensión de encuentro, de experiencia fundante.

Este primer encuentro fue en la celebración de la Eucaristía "en honor de los apóstoles" (LM, 3.1). Ante la propuesta de Jesús a sus discípulos de un estilo de vida sencillo, radical, fiel, Francisco vibra y pide explicación al sacerdote. "Esto es lo que ansío cumplir con todas mis fuerzas" (TC 25), fue su respuesta. Y su primer biógrafo concluye: "Nunca fue oyente sordo del Evangelio sino que, confiando a su feliz memoria cuanto oía, procuraba cumplirlo a la letra sin tardanza" (1Cel 22).

El segundo encuentro decisivo, que conocemos, tuvo lugar cuando el Señor le regaló los primeros hermanos, fr. Bernardo de Quintavalle y fr. Pedro Cattani. Era la primavera de 1208, y en la iglesia de San Nicolás, situada en la plaza del Común. Abrieron tres veces el evangeliario, suplicando al Señor les mostrase su voluntad. Muchos místicos, muchos cristianos, entre ellos San Agustín, habían practicado este modo de discernimiento. Pues bien, allí descubren su vocación: seguimiento pobre y radical del evangelio.

A partir de este momento no parece fuera de lugar pensar que a lo largo del proceso de su conversión y de toda su vida resonaron profundamente en Francisco aquellos salmos que había repetido una y otra vez en la escuela parroquial de San Jorge, además de su escucha atenta de las lecturas bíblicas en la liturgia diaria de la Iglesia.

b.- La Escritura como presencia de Dios.

Francisco experimenta, pues, la fuerza vivificadora de la Palabra de Dios, su poder comunicante con la vida íntima de Dios: la Palabra es presencia del Amado. En la Carta a los Clérigos, dirá: "Nada, en efecto, tenemos ni vemos corporalmente en este mundo del Altísimo mismo, sino el cuerpo y la sangre, los nombres y palabras, por los que hemos sido hechos y redimidos de la muerte a la vida". Francisco equipara la presencia de Dios en su Palabra a la presencia eucarística. Hasta a nosotros, cristianos del postconcilio Vaticano II, no deja de sorprendernos tal equiparación. Para él es una evidencia de fe. En su carta a todos los fieles, leemos: "Y a nadie de nosotros quepa la menor duda de que ninguno puede ser salvado sino por las santas palabras y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, que los clérigos pronuncian, proclaman y administran". Casi siempre habla de ambos misterios conjuntamente: los dos son presencia viva y salvadora de Dios.

En este sentido cabe otra observación. Cuando Francisco cita la Biblia, no lo hace según la conocida fórmula "en aquel tiempo dijo Jesús...", sino casi siempre en presente: "el Señor dice en el evangelio..." . Para él se trata de un acontecimiento actual. Oye y siente al Señor presente en su Palabra. Y así lo exige a sus hermanos (Cta O 6-11): "Inclinad el oído de vuestro corazón y obedeced a la voz del Hijo de Dios. Guardad sus mandamientos con todo vuestro corazón y cumplid sus consejos perfectamente..., pues para esto os ha enviado al mundo entero, para que de palabra y de obra deis testimonio de su voz... Como a hijos se nos brinda el Señor Dios". Es fidelidad y seguimiento de una Persona: usar el término "voz" lo pone paladinamente de relieve. Escuchar y obrar.

Persuadido tan profundamente de esta presencia del Señor en su Palabra, no podía renunciar a su escucha ni en los días de enfermedad; era demasiado renunciar al encuentro que le daba vida. Lo muestra de modo especial el hecho de haber mandado escribir un evangeliario para su uso, de tal modo que así podía leer, o le leían, el evangelio del día cuando no podía participar en la Eucaristía. "Oído o leído el evangelio, el bienaventurado Francisco besaba siempre el evangelio con la máxima reverencia del Señor". (Así dice el hermano León en una inscripción manuscrita en el breviario de San Francisco, que se conserva en el monasterio de Santa Clara de Asís). En un signo tan personal, como lo es un beso, irrumpía el exterior la actitud profundamente creyente de Francisco ante la Palabra de Dios.

c.- La primacía de la Palabra: fuente de verdadera vida.

La Palabra de Dios llegó a ser para Francisco fuente de vida verdadera. Él nos asegura que "quien, en el estudio de la Escritura, busca con humildad, sin

presumir, llegará fácilmente del conocimiento de sí al conocimiento de Dios" (2Cel 103). Llegar de una sabiduría que gira en torno al propio yo a una sabiduría que gira en torno a Dios, he aquí la conversión que experimenta quien escucha sin reservas la Palabra.

San Buenaventura nos ha transmitido un episodio que lo explica enérgicamente: cuando en una ocasión no había en el grupo de los hermanos más que un ejemplar del Nuevo Testamento, Francisco lo descompuso en hojas sueltas y las repartió a los hermanos, a fin de que todos pudiesen leer, sin estorbarse unos a otros. Cada uno debía tener en todo tiempo la posibilidad de encontrar la Palabra. Estaba mucho en juego: su propia opción vital. Por eso recordó Francisco con frecuencia aquellas palabras de San Juan: "Las palabras que yo os he dicho son espíritu y vida" (Jn 6,64).

Esta vida que viene de la Palabra, la afirma Francisco para sí y para los suyos hasta los últimos momentos de su existencia terrena. Cuando en el lecho de muerte dirigió sus exhortaciones de despedida a los hermanos, "recomendó el evangelio por encima de todas las demás disposiciones" (2Cel 216): era el más grande regalo que había recibido del Señor, y el mejor regalo que podía dejar a sus hermanos.

d.- La veneración de la Palabra.

Dios se hizo hombre en Jesús. Este misterio de la Encarnación ocupaba a Francisco de tal manera, que difícilmente quería pensar en otra cosa, llega a decirnos su primer biógrafo (1Cel 84). Del mismo modo, él veía una "especie de encarnación" en la entrega a nosotros del Hijo de Dios en la Palabra de la Biblia. Esta fe en la donación del mismo Dios a través de su Palabra escrita y proclamada, le hizo mostrar siempre, como ya hemos dicho, la misma reverencia a la Sagrada Escritura que al Señor presente en la Eucaristía: "los nombres y la palabras escritas del Señor, donde se encuentren en lugares no limpios, recójense y colóquense en sitio decoroso" (Cta Cl 12). Y todavía, de forma más clara, dice a los hermanos: "Amonesto por eso a todos mis hermanos y les animo en Cristo a que, donde encuentren palabras divinas escritas, las veneren como puedan, y por lo que a ellos toca, si no están bien colocadas o en algún lugar están desparramadas indecorosamente por el suelo, las recojan y las pongan en su sitio, honrando al Señor en las palabras que Él pronunció" (Cat O 35-36).

Esta actitud reverente no tiene nada que ver con el integrismo, el fundamentalismo o la superstición. Francisco venera lo escrito porque, digámoslo una vez más, son presencia de Jesús, sacramento del Hijo de Dios; pero en él, es oír la Palabra para hacer lo que dice la Palabra: venerar las palabras "para que arraiguen en nosotros la celsitud de nuestro Creador y nuestra sujeción en Él" (Cta O 34).

Un sencillo episodio de su vida nos dejará bien claro que no hay nada de fetichismo ni exageración cuando proclama tan ardientemente la presencia del Dios vivo en la Escritura. Veamos: "Estando junto a la iglesia de Santa María de la Porciúncula, llegó una pobrecita anciana, que tenía dos hijos en la Orden, a aquel lugar para pedir al bienaventurado Francisco que la socorriese, ya que

aquel año no tenía lo necesario para vivir. El bienaventurado Francisco preguntó... ¿tenemos alguna cosa para darla a nuestra madre? (A la madre de cualquier hermano llamaba su madre y madre de todos los hermanos de la Orden). El hermano Pedro respondió: 'nada tenemos en casa que podamos darle... Tan sólo tenemos en la iglesia un Nuevo Testamento, del que hacemos la lectura de maitines'. Francisco le dijo: 'Da a nuestra madre el Nuevo Testamento para que lo venda y remedie su necesidad. Creo firmemente que agradará más al Señor y a la bienaventurada Virgen, su madre, que demos el Nuevo Testamento que el que leamos en él'. Y se lo dio". La narración es verdaderamente elocuente. Su amor a la Palabra no le impedía establecer prioridades y discernir según su sabiduría evangélica.

e.- **El hacer vida la Palabra.**

Esta experiencia, creo que podemos llamar mística de Francisco, él la vivía siempre encarnado las propuestas concretas de cada fragmento que leía u oía de la Palabra de Dios. La Palabra de Dios si sólo se oye es palabra muerta.

Por esto se entiende el cuidado de Francisco por preservar a sus hermanos de una escucha descomprometida de la Palabra. Esto se advierte claramente, sobre todo, cuando se lee en la primera regla su enérgica explicación de la parábola del sembrador, que sale a esparcir la semilla de la Palabra de Dios. Está compuesta a partir de los tres evangelios sinópticos de tal manera que no se pierde ni siquiera una partícula (1R 23, 10-17). Encontrar esta composición en la regla de una Orden religiosa es, sin duda, un hecho notable. Pero muestra la total preocupación del santo por la recta existencia de sus hermanos que, de acuerdo con su profesión, deben ser "buen terreno" para la Palabra de Dios. Del mismo modo resuena perceptiblemente esta preocupación en su séptima admonición: "Dice el apóstol: la letra mata, pero el espíritu vivifica (2 Cor 3,6). Son matados por la letra los que únicamente desean saber las solas palabras, para ser tenidos por más sabios entre los otros y poder adquirir grandes riquezas que legar a sus consanguíneos y amigos. También son matados por letra los religiosos que no quieren seguir el espíritu de las divinas letras, sino que prefieren saber sólo las palabras e interpretarlas para otros. Y son vivificados por el espíritu de las divinas letras quienes no atribuyen al cuerpo toda la letra que saben y desean saber, sino que con la palabra y el ejemplo se la restituyen al Altísimo Señor Dios, de quien es todo bien" . Las palabras son sencillas y escuetas, aunque propias de su época. La Palabra de Dios, para Francisco, no puede permanecer ineficaz, quiere producir buen fruto en la vida del hombre, y quiere además ser transmitida a los otros "con la palabra y el ejemplo". Así puede el hombre devolverle lo que ha recibido a Él, el Señor Altísimo, al que pertenece todo bien en la vida del hombre.

Todavía podemos acudir a otra de sus admoniciones, la veinte: "Dichoso aquel religioso que no tiene placer y alegría sino en las santísimas palabras y obras del Señor, y con ellas incita a los hombres al amor de Dios en gozo y alegría". El apostolado de los hermanos, toda su actividad pastoral, como toda su existencia en cuanto "hermanos menores" está pues ligada a la escucha atenta, a

la escucha vivencial de la Palabra de Dios. Por eso Francisco será muy duro con la superficialidad: "Ay de aquel hermano que se deleita en palabras ociosas y vanas y con ellas incita a los hombres a la risa". Y, ya sabemos que Francisco es un hombre que desarrolló más que suficientemente la dimensión lúdica de su existencia. Es la banalización de algo tan grande, tan valioso, tan específico de Dios y del hombre, como es la palabra, lo que le duele, lo que no puede aguantar.

f.- El fruto de hacer vida la Palabra.

Del fruto más precioso de un auténtico encuentro con la Palabra de Dios, habla Francisco en sus dos cartas a todos los fieles. Lo hace basándose en la misma Palabra de Jesús: "Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen por obra" (Lc 8,21). Quien acoge, pues, la Palabra de Dios en la fe y en la obediencia, experimenta una fuerza transformadora. Se le regalan unas relaciones vitales totalmente nuevas con el Misterio de Dios. Evidentemente, Francisco había experimentado en sí profundamente esta fuerza transformadora del hombre, pues dice: "Hermanos de Cristo somos, en efecto, si hacemos la voluntad de su Padre, que está en el cielo". Está en total consonancia con la frase paulina: "Todos los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios" (Rom 8, 14). En otro lugar, Francisco dice también: "Esposos [de nuestro Señor Jesucristo] somos, cuando el alma fiel se une, por el Espíritu Santo, a Jesucristo"; y "Madres [de Cristo somos], cuando lo llevamos en el corazón y en nuestro cuerpo por el amor y por una conciencia pura y sincera; lo damos a luz por las obras santas, que deben ser luz para ejemplo de otros". Para Francisco era evidente, si el cristiano acoge en sí la Palabra de Dios pura y sinceramente y la deja obrar, Cristo tomará forma en él. "Es Cristo quien vive en mí", había dicho San Pablo. Con razón se ha llamado a Francisco el "alter Christus", otro Cristo.

Francisco no pudo retener en sí estas realidades llenas de gracia y vida. Por eso, de sus labios brotaban oraciones como esta:

¡Oh, cuán glorioso es tener en el cielo un padre santo y grande!
¡Oh, cuán santo es tener un tal esposo, consolador, hermoso,
admirable!
¡Oh, cuán santo y cuán amado es tener un tal hermano y un tal hijo,
agradable, humilde, pacífico, dulce, amable
y más que todas las cosas deseable, nuestro Señor Jesucristo!

En esta acción de gracias se desborda la fe de Francisco en que la Palabra de Dios nunca es ineficaz, sino que obra lo que dice, en el corazón del creyente.

3.- ALGUNOS DE LOS TEXTOS MÁS SIGNIFICATIVOS EN SU CAMINO DE FE: LA BASE DE SU PROYECTO EVANGÉLICO.

Vamos a ver ahora algunos de los textos bíblicos que más cita Francisco, de modo especial en la regla y el testamento. Son sus "textos preferidos", los que más marcaron su espiritualidad, su estilo de vida evangélico.

a.- Vender todos los bienes y darlos a los pobres.

Esto sólo es posible cuando se cree la invitación de Cristo: "Si quieres ser perfecto..." (Mt 19, 21). Quien tiene bienes, tiene su corazón pendiente de ellos. Ama lo que posee y su corazón está dividido. Jesús, sin embargo, ha traído una resolución firme: "No podéis servir a Dios y al dinero" (Mt 6, 24c). Hay un tesoro en la tierra y hay un tesoro en el cielo. La libertad en el seguimiento de Jesús sólo se obtiene vendiendo y dando a los pobres lo que se tiene. Sólo así es verdad que es Dios el que interesa, el único bien.

b.- Seguir las huellas de Jesús.

La llamada la hace Dios a los hombres en Cristo, es decir, mediante su Palabra. En Él está visible la palabra y la voluntad de Dios. Jesús es el ejemplo a imitar, la huella, que hemos de pisar y seguir los discípulos: "Para esto fuisteis llamados... dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas" (1Pe 2, 21). Al menos cinco veces se encuentra este texto de la primera carta de Pedro en los escasos escritos que se atribuyen a San Francisco. Aquí proclama abiertamente que Cristo es el núcleo, lo específico de la ética cristiana, de la aventura de la fe.

c.- La persecución, el desprecio, la muerte... en el horizonte.

Esto lo experimentó Jesús en su propio destino. Por eso fue encarcelado y muerto San Juan Bautista. Quienes no aman, ni resisten el verse molestados ni denunciados en su actitud por el testimonio de ejemplos elocuentes de vida según el Evangelio, acaban odiando, repudiando y hasta matando a los testigos. Por eso, para Francisco la humillación podía ser la paga por la fidelidad al Evangelio: "Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos" (Mt 5,10).

d.- Confesión de los propios pecados como signo de amor fraterno.

"Si al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas de que un hermano tuyo tiene algo contra ti, deja tu ofrenda... y vete a reconciliarte con tu hermano..." (Mt 5, 23.24). Jesús exige sin ambages que nos reconciliemos con el hermano antes de rezar, y que perdonemos a los que nos ofenden. Ya en la Iglesia primitiva, la celebración de la fe empezaba con una oración en común para obtener el perdón de los pecados. En la Edad Media existía la práctica tradicional de confesar los pecados al hermano en la fe, práctica que Francisco acepta. "Confesaos, pues, los pecados unos a otros" (Sant 5,16). Queda excluida toda discordia. La aceptación misericordiosa del otro tal y como es, garantiza unas relaciones auténticamente fraternas.

e.- Actitud ante los hombres.

1.- *Estar sometidos a todos a causa del Señor* (1Pe 2, 13), de manera voluntaria, en humildad, en obediencia, con gran sentido de libertad interior frente a todas las organizaciones e instituciones de este mundo. Así lo vivió él.

2.- *Sin juzgar a nadie ni condenarlo* (Mt 7,1) La misma medida que aplicamos nosotros al hermano, la aplicará Dios con nosotros. Quien espera de

Dios misericordia y bondad, ¿cómo puede ofrecer algo distinto al hermano? Francisco había observado muchas veces que el juicio acerbo, frío, injusto y, las más de las veces calumnioso, niega la esperanza de la misericordia de Dios. Además, suele ser síntoma de la propia inseguridad, proyección de las propias deficiencias o escape de alguna neurosis. Francisco experimentó lo contrario: mirar con ojos limpios a todos los demás, es lo que le permitió, por ejemplo, ver a Jesús en el leproso, o usar siempre de misericordia con los hermanos.

3.- *Evitando las disputas verbales.* Polemizar por polemizar no es algo que sirva a la causa del Evangelio. Quienes oyen quedan frecuentemente desorientados y confusos. Un obrar así acumula nuevos obstáculos, que dificultan la fe y la vida según el Evangelio (2Tim 2, 14). "Que no injurien a nadie, que no sean pendencieros, sino apacibles, mostrando una perfecta mansedumbre con todos los hombres" (Tito 3, 2). La humildad, la "minoridad" de la que hablaba Francisco, va de la mano de la dulzura, de la no-violencia, del trato afable.

4.- *Amando a quienes nos hacen el mal.* Vencer el odio con el amor es la tarea y el compromiso de los discípulos de Jesús. El "amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen" (Mt 5,44), resonó siempre en el corazón de Francisco.

5.- *Deseando la paz.* Al entrar a las casas hay que ofrecer el don del Evangelio y su saludo: "Paz a esta casa" (Lc 10,5). Paz es bienestar, es deferencia, es cortesía y, sobre todo, es el regalo de la salvación. Con qué hondura creyó esto Francisco; cuántas veces lo repitió. Cómo invitó encarecidamente a sus hermanos que diesen, que hiciesen presente el don de la paz.

6.- *Comiendo lo que presenten.* Quienes reciban o acojan la paz corresponderán con la hospitalidad. No han de preocuparse de si los alimentos son puros o impuros, si se quebrantar normas o no. Lo importante para la misión evangélica está en la libertad de conciencia, que Francisco acepta para sí y para sus hermanos.

7.- *Considerándose y siendo siervos, hermanos menores.* "Vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: Siervos inútiles somos; hemos hecho lo que teníamos que hacer" (Lc 17, 10) (Dos veces cita este texto, sólo en la regla) Con las manos vacías, desarmados, sin voluntad de imponerse en nada, sino con voluntad de servir en el último lugar, y así no provocar envidia, sin que nadie se escandalice, sin que nadie tenga miedo ni temor: de este modo quieren estar Francisco y sus hermanos menores en medio de los hombres.

8.- *Guárdense de toda codicia* (Lc 12, 15), es decir, de toda ansia de aumentar los propios bienes para asegurarse la vida. El amor a la pobreza, por parte de Francisco, denuncia el ansia de poseer, con la ilusión de creer que la vida se asegura con los bienes y con la abundancia y acumulación de los mismos. La vida no es fruto de la posesión, de la acumulación, sino don de Dios. No es el hombre, de hecho, el que dispone de la vida, sino Dios.

9.- *Siendo pobres en los vestidos* (Mt 10, 10). La sobriedad y la sencillez son distintivos de los hombres del Evangelio. Francisco escribe en el testamento: "Y los que venían a tomar esta vida... se contentaban con una túnica remendada por dentro y por fuera... Y no queríamos tener más". Sin embargo, en las dos reglas,

los hermanos tendrán una segunda túnica, si es necesaria o si quieren. Ciertamente, Francisco se deja interpelar por las Palabras del Señor, pero esto no lo hace de una manera legalista ni inhumana. Nosotros diríamos que supo estar atento a los signos de los tiempos.

f.- **El Dios que se revela a Francisco.**

1.- *Como Padre Santo* (Jn, 17, 11). Multitud de veces llama Francisco así al Padre. Para el Antiguo Testamento y el judaísmo, Dios es "santo", sobre todo, por su naturaleza terrible. Aquí, Dios es "santo" en cuanto que es revelador de su ser (= nombre) en su Hijo, Jesús, comunicándose a los creyentes. Tratar a Dios como "Padre Santo" no crea ninguna distancia, sino más bien una proximidad gozosa y agradecida.

2.- *Como amor* (1Jn 4, 16). Dios es el que da y se da a sí mismo, es el que se compadece y quiere salvar. Cuando este mensaje acerca del amor se capta en verdad y los hombres se dejan seducir por esta palabra de que Dios es amor, de que Él se ha entregado graciosamente en Jesús en favor nuestro, de que "permanece en el amor el que permanece en Dios", de que su amor vive en nosotros cuando nosotros nos decidimos en favor de Él, entonces se cree con firmeza que el amor es más fuerte que toda la angustiosa absurdidad que se pueda concebir, o que se pueda experimentar.

3.- *Como el único bueno*, "¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios" (Lc 18, 19). Según el pensar de los judíos, quien hace obras de misericordia o de caridad puede ser considerado y llamado bueno. Para Jesús, el hombre sólo es bueno si Dios le hace bueno, ya que sólo Él otorga todo bien (Jer 32, 39ss). Esta es la fe de Francisco, expresada en la oración : "Omnipotente, santísimo, altísimo y sumo bien, todo bien, sumo bien, bien total, que eres el sólo bueno, a ti... te restituyamos todos los bienes". El bien corresponde a Dios; nosotros lo recibimos de Él.

4.- *El que nos ama sinceramente y para siempre*, "Yo les he dado a conocer tu Nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que Tú me has amado esté en ellos y yo en ellos" (Jn 17, 26). Esta presencia de Jesús en los creyentes es la presencia del amor de Dios en ellos. Es, pues, una presencia dinámica, es decir, expresa el amor y se expresa en el amor. Francisco experimentó esta presencia del Dios vivo en él por medio del Espíritu de Jesús. Él fue testigo suyo: de su bondad, de su santidad, ya que él permaneció en la fidelidad, en la transparencia, en la obediencia, sin reservarse parcela alguna de sí mismo.

g.- **Perseverancia en la opción inicial.**

Perseverar en la conversión y el seguimiento, persistir infatigablemente, en fidelidad que no defrauda, es la postura de aquellos que han sido llamados. No es tanto empezar el camino, sino hacer la andadura a través de las enemistades, decepciones y fracasos. "El que se mantenga firme hasta el final, éste se salvará" (Mt 10, 22). El seguimiento de Jesús plantea al hombre la exigencia de la entrega total del pensar, del querer, del desear y del proyectar, sin divisiones. Arar en el

campo de Dios exige entrega plena a la tarea: "Ninguno que ha echado mano al arado y mira hacia atrás, es apto para el reino de los cielos" (Lc 9, 62). El camino cómodo de la mediocridad es muy transitado. Pero sólo la puerta estrecha y el camino angosto llevan a la vida: es el camino del Sermón del Monte.

En la vida e historia humanas, la primera y la última palabra la tiene el Señor: Él es quien empieza y Él es quien acaba. Nosotros somos siervos (Lc 17, 10), los hijos amados. Dar la mano definitiva y completar la obra empezada le corresponde a Él. A nosotros nos toca la fidelidad y el servicio gozoso. Esta fue la experiencia de este creyente atento de la Palabra que fue Francisco. Al final de sus días exclamó: "Comencemos, hermanos, a servir al Señor Dios, pues escaso es o poco lo que hemos adelantado" (1Cel 103). ¡Paradojas de la vida! ¡Qué libertad interior, que sublime experiencia de Dios es necesaria para poder expresar algo así después de una vida tan fecunda como la suya!

4.- A MODO DE CONCLUSIÓN.

En nuestro mundo padecemos una inflación de palabras, sufrimos un bombardeo constante de palabras; la palabra se ha devaluado. En líneas generales, creo que se pueden hacer afirmaciones de este tipo, pero creo también que todos tenemos experiencia de pronunciar y de recibir palabras de muy diverso género. Son esas palabras que alguna vez nos han herido o con las que hemos hecho daño. Son esas palabras con las que recibimos tanto cariño o con las que expresamos tanto amor. Ese tipo de palabras tan cargadas de sentimientos propios, de vida propia, también existen en nuestro mundo, en nuestras vidas. Pues, queridos catequistas, el hermano Francisco de Asís nos está invitando a colocar en esas latitudes del corazón la Palabra del Dios-Amor. Ya lo hemos hecho más de una vez, pero nos acecha el peligro de convertirnos en una especie de profesionales de la Palabra, podemos caer en la tentación de usar, en el peor sentido del término, la Palabra de Dios en nuestras catequesis, en nuestras vidas.

¿Qué nos ofrece Francisco? Su vida, su experiencia. Si él se deja cuestionar por la Palabra; si él la meditaba en su interior; si él se desvivía por hacerla vida, ¿no vamos a poder hacerlo nosotros? Creo que sí. Pero necesitamos aprender a hacer más silencio para enterarnos mejor de cómo nos ama el Señor, de todo lo que ha hecho y hace por nosotros. A veces nos cuesta darnos cuenta, ser conscientes, de las cosas más interesantes que nos pasan. Si no me doy cuenta de la presencia de Dios, ¿cómo voy a sentir hambre de su Palabra? Si no renuevo constantemente esta experiencia, ¿cómo voy a ayudar a otros, sean niños, jóvenes o adultos? Estamos en camino. Francisco siempre se sintió en camino. Reavivemos pues nuestros profundos deseos de seguir viviendo nuestra fe en serio, con gozo y esperanza.

Francisco de Asís sigue invitándonos a una lectura reverente, incondicional, respetuosa, a acercarnos a la Palabra de Vida como se acercó Moisés a la zarza ardiente, descalzos, abiertos, expectantes, no para dominar al Dios que habla, sino como hijos amados que buscan hacer vida el camino de la verdadera

fraternidad. Creo que así, y sólo así, habremos asumido las palabras de Francisco que rezan como lema de este encuentro: "Obedeced a la voz del Hijo de Dios".

fr. Gonzalo Fernández-Gallardo, OFM Conv.

N.B. Muchas de las ideas, e incluso textos, han sido tomadas, básicamente, de artículos aparecidos en la revista Selecciones de Franciscanismo.

1.- INTRODUCCIÓN

2.- LA PALABRA DE DIOS EN LA VIDA Y EN LA EXPERIENCIA DE FRANCISCO:

- a.- La vocación evangélica de Francisco.
- b.- La Escritura como presencia de Dios.
- c.- La primacía de la Palabra: fuente de verdadera vida.
- d.- La veneración de la Palabra.
- e.- El hacer vida la Palabra.

3.- ALGUNOS DE LOS TEXTOS MÁS SIGNIFICATIVOS
EN SU CAMINO DE FE: LA BASE DE SU PROYECTO EVANGÉLICO.

- a.- Vender todos los bienes y darlos a los pobres.
- b.- Seguir las huellas de Jesús.
- c.- La persecución, el desprecio, la muerte... en el horizonte.
- d.- Confesión de los propios pecados como signo de amor fraterno.
- e.- Actitud ante los hombres.
- f.- El Dios que se revela a Francisco.
- g.- Perseverancia en la opción inicial.

4.- A MODO DE CONCLUSIÓN.

fr. Gonzalo Fernández-Gallardo, OFM Conv.

